

*En aquel tiempo, Jesús y sus discípulos llegaron a la otra orilla del mar, a la región de los gerasenos. Apenas desembarcó, le salió al encuentro, de entre los sepulcros, un hombre poseído de espíritu inmundo. Y es que vivía entre los sepulcros; ni con cadenas podía ya nadie sujetarlo; muchas veces lo habían sujetado con ceptos y cadenas, pero él rompía las cadenas y destrozaba los ceptos, y nadie tenía fuerza para dominarlo. Se pasaba el día y la noche en los sepulcros y en los montes, gritando e hiriéndose con piedras. Viendo de lejos a Jesús, echó a correr, se postró ante él y gritó con voz potente: «¿Qué tienes que ver conmigo, Jesús, Hijo de Dios altísimo? Por Dios te lo pido, no me atormentes». Porque Jesús le estaba diciendo: «Espíritu inmundo, sal de este hombre». Y le preguntó: «¿Cómo te llamas?». Él respondió: «Me llamo Legión, porque somos muchos». Y le rogaba con insistencia que no los expulsara de aquella comarca. Había cerca una gran piara de cerdos paciendo en la falda del monte. Los espíritus le rogaron:*

*«Envíanos a los cerdos para que entremos en ellos». Él se lo permitió. Los espíritus inmundos salieron del hombre y se metieron en los cerdos; y la piara, unos dos mil, se abalanzó acantilado abajo al mar y se ahogó en el mar. Los porquerizos huyeron y dieron la noticia en la ciudad y en los campos. Y la gente fue a ver qué había pasado. Se acercaron a Jesús y vieron al endemoniado que había tenido la legión, sentado, vestido y en su juicio. Y se asustaron. Los que lo habían visto les contaron lo que había pasado al endemoniado y a los cerdos. Ellos le rogaban que se marchase de su comarca. Mientras se embarcaba, el que había estado poseído por el demonio le pidió que le permitiese estar con él. Pero no se lo permitió, sino que le dijo: «Vete a casa con los tuyos y anúnciales lo que el Señor ha hecho contigo y que ha tenido misericordia de ti». El hombre se marchó y empezó a proclamar por la Decápolis lo que Jesús había hecho con él; todos se admiraban.*

Este hombre endemoniado está completamente fuera de control y apartado de la sociedad. Pero Jesús llega a la orilla, el encuentro que se produce es revelador. A pesar de la aparente oscuridad y caos que rodea al poseído, Jesús demuestra su autoridad y dominio sobre los demonios. Revela la victoria definitiva de la luz sobre las tinieblas.

El relato también destaca la compasión de Jesús hacia el hombre atormentado. Aunque la sociedad lo había marginado y la posesión demoníaca lo había excluido, Jesús muestra compasión y lo consigue restaurar: lo envía de regreso a su casa para que sea testigo de la obra transformadora que Dios ha hecho en él.

Este pasaje nos recuerda que, incluso en las situaciones más desesperadas, la luz de Cristo tiene el poder de penetrar y liberar a las personas de las cadenas que las atan. Nos llama a buscar la presencia de Jesús en medio de nuestras luchas y a confiar en su poder redentor.

Además, la reacción de la gente al final del relato plantea preguntas importantes sobre cómo respondemos nosotros a la obra transformadora de Jesús en la vida de aquellos que han experimentado su poder. ¿Celebramos la redención y restauración, o nos sentimos amenazados por el cambio? La historia de este hombre liberado nos desafía a acoger la gracia de Dios y a ser portadores de esperanza y compasión en un mundo que tanto lo necesita, porque solo Jesús puede vencer.